

EL ALMA DE GARIBAY



Semanario humorístico Oscense



Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *títuli mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de-canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, ó sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los cuiosones que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo ó como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por e-emplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

Las tardes del Sanatorio

Con este título se ha dado á luz un escrito impreso y encuadernado en forma de libro, acaso con pretensiones de que pase, aunque sea de matute, con la prestigiosa categoría de tal. Sobre este punto hay diversidad de opiniones, pues desde luego se tropieza con el inconveniente de que el título no dice nada, dado que para los menesteres de una operación quirúrgica tan buenas y santas son las mañanas y las noches como las tardes de un Sanatorio. Bien se conoce que se ha querido buscar el efectismo de títulos como los de *Las tardes de la Granja*, *Las noches de Jonny*, *Las mañanitas de Abril*, pero, nada, la cosa no ha dado chispas. Si se le hubiese puesto *Mis tardes del Sanatorio*, todavía la idea habría quedado demasiado esfumada, pero algo se habría podido columbrar. ¿Si será verdad que el susodicho escrito no tiene pies ni cabeza, como por allí se dice?

A nosotros lo que más nos importa notar es que se trata de un escrito, obra literaria, ó, si así se quiere, libro que no es otra cosa que un esperpento de los que á diario aborta la secta anticatólica, empedrado de blasfemias y desatinos filosóficos é históricos, y muy mal oliente por las indecencias y porquerías que en él fermentan. Si á alguien no le gusta este lenguaje tan rudamente franco como castizo aragonés, que se aguante; también nosotros tenemos que aguantar el *argot* modernista europeizado, ni aragonés, ni español, ni propio de ninguna persona de juicio.

Y ¿á qué se reduce la obrilla? Es un verdadero Kaleidóscopo con gran variedad de colorines y figurillas aprovechables en cualquier fábrica de pintar pañuelos. Un centón, ó, mejor, *un maremagnum* de ideas y afectos tan sutiles, que ora se quiebran para hundirse en las más inmundas cloacas, ora se elevan hasta perderse de vista en los inconmensurables espacios del vacío, impulsadas por el viento de las más estravagantes, y á veces, de las más estrafalarias paradojas, y de los ensueños más inverosímiles y ridículos. También se nos ofrece allí el espectáculo de esos

pobres diablos empeñados en arañar y empujar el muro diamantino de la Religión, á quienes todos los siglos de la historia no les han podido hacer entender lo inútil, lo insensato, lo temerario de su loco empeño.

A esto se reduce toda la substancia del escrito que, lanzado en medio del aluvión de impiedades é impurezas que todo lo anega, fuera de aquí casi resulta inofensivo. Mas no aquí, en medio de nosotros, donde reviste todos los caracteres y malicias de un escándalo público que subleva contra él todas las conciencias ilustradas, honestas y cristianas. Dejemos, pues, aparte, detalles de que en otras ocasiones nos aprovecharemos, para ocuparnos ahora de lo que es más práctico y de necesidad más urgente y palpitante.

Da la casualidad de que el autor de la obrilla es un nuestro convecino que ha dado en la manía de echárselas de librepensador y propagandista de los errores y deshonestidades que son consiguientes. Bueno, y de aquí ¿qué resulta? ¿Friolera! Pues resulta que ese nuestro convecino es un hombre á quien le falta un sentido, precisamente el sentido de que carecen no sólo todos los de su laya si que también todos los animales irracionales, el sentido que más distingue y separa al hombre del bruto, el sentido de la piedad religiosa. Mientras se ha guardado en el secreto de su casa sus errores, sus filosofías y sus literaturas corruptoras de las costumbres cultas y cristianas, nadie le ha dicho nada; pero en cuanto se ha echado á la calle con semejante bagaje, ha perdido todo derecho á cierta clase de respetos y consideraciones, y nos ha impuesto á nosotros el ineludible deber de salirle al encuentro, que para eso somos hombres cultos, cristianos católicos y oscenses castizos.

¿Es que no le cabe en su cabeza librepensadora la gravedad del escándalo que nos está dando con su irreligión y sus alárdes sicalípticos y pornográficos? Pues está usted fresco. ¿Es que le cabe, y sin embargo es tan valiente... (sus conspicuos jaleadores, así lo aseguran) que no vacila en aprovechar con tanta impiedad y desvergüenza? Dios se apiade de usted. Pero, acaso dirá us-

ted: ¿á qué tanto reproche por mi escándalo cuando en todos los correos vienen de fuera vagones llenos de esos escándalos? Yo no tengo la culpa de que mis admiradores estimen, tal vez, en más mis galas literarias que las del mismo género que se ven en *El Motín*, *El País* y en otros muchos periódicos.

A esto ha de contestarse que nuestro deber es arrancar las hierbas nocivas de nuestro huerto aunque no nos sea dado impedir que los vientos nosechen malas semillas por encima de las tapias; y que esas galas literarias son galas de lupanar que es preciso desterrar, como se desterraron al Ponto las galas literarias de Ovidio, infinitamente superiores á las de usted. No hemos de estar nosotros por debajo de los paganos. Una ramera no se libra de su ignominia aunque la vistan de reina; no es menos infame el crimen de un caballero que asesina con su espada toledana que el del gañán que mata con su navaja desportillada y mohosa.

Fácilmente se comprende hasta qué honduras de degradación y ultramodernismo pueden descender el espíritu y la carne de los discípulos de Darwin y Spencer; pero esto no excusa en manera alguna al autor del escándalo que se ha atrevido á propagar sus pornografías poniéndolas á la venta aquí, en el pueblo donde vive, entre sus propios convecinos. Hay que protestar enérgicamente contra tamaño escándalo que mancilla el honor de la noble y cristiana Huesca; contra una ofensa que se nos infiere á los hombres dispuestos á no prescindir nunca de nuestro decoro y honestidad personal; contra una desatentada y cobarde injuria á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestras hijas; contra un desafío loco á cuanto hay aquí de cultura moral y religiosa.

Pero Dios tiene un brazo muy largo, y castiga sin palo. Véase la triste figura que le ha quedado entre nosotros, al escritor público pornográfico é impío, y por ende escandaloso. Tendrá que resignarse á que en la calle le señalen, y no benévola, con el dedo; á que muchos ojos se fijen en él con curiosidad indiscreta, impertinente y malsana; á que le caigan encima sonrisas picarescas de mofa ó de desprecio. Cuando inopinadamente se encuentre en un círculo de mujeres de todas edades y condiciones, al instante habrá de notar que las ancianas, sin poderlo remediar, le mirarán airadas, que la frente de las madres se obscurecerá con ráfagas de indignación; que las mejillas de las hijas se colorearán con el rojo de la vergüenza. Claro es que nosotros los hombres, si buenamente no podemos prescindir de él, no vamos á negarle nuestro trato, la caridad cristiana y la urbanidad social nos lo impedirían; pero ¿podrá contar con una cordialidad íntima, franca y confiada? A él y á nosotros nos será difícil concedérsela mutuamente.

Y con esto damos punto á nuestra tarea. A reserva de decir más adelante lo mucho que falta, creemos que ya es bastante para disipar la perturbación atmosférica moral y religiosa que se ha producido, y para que nadie ignore en Huesca lo que, desde estas fechas, son, significan y valen el escritor y su libreo.

Mas esto no obstante, todavía juzgamos oportuno dejar consignadas, siquieran sea muy someramente, tres verdades de á folio que pueden dar mucha luz para que se vean con entera claridad todas las cosas.

Primera: que aunque lo manden Costa y Benavente, la literatura impúdica, nunca será bella literatura, y menos literatura honrada y decente.

Segunda: que el exitazo literario que se ha pretendido crear, no tiene base de sustentación, porque los sectarios que lo han amañado no han podido contar con los que no somos sectarios, y que, gracias á Dios, somos los más, y no tenemos los gustos irracionales, ñoños y depravados que ellos tienen.

Tercera: que al entrar nuestro desventurado convecino en la secta por la puerta grande que se le ha abierto, no sabe el frío que hace y la desesperación que reina donde quiera que no se siente la presencia de Dios; que allí los accesos de hidrofobia irreligiosa y anticlerical son muy frecuentes, y que en absoluto se carece de sanatorios; que la servidumbre más innoble, y la esclavitud más dura, son las que imponen los hombres que no creen en las responsabilidades de la otra vida.

De todas veras lo compadecemos.

GOSAS VIEJAS

Entre los muchos *Diarios de Huesca* (a) *chifletes* que tengo revueltos y desperdigados en la mesa de mi despacho, tomé uno al azar por emborronar estas cuartillas, comentando sus romancescas lucubraciones y dí con el correspondiente al 4 de Mayo del año de gracia de 1909. Tentado estuve de arrojarlo por *rancio* y pasado de moda, pero aquel título tan sugestivo con que encabeza el editorial, *Después de la jornada*, hizo que repasara de nuevo aquel famoso artículo que ya me había hecho soltar la carcajada más de una vez, á raíz de las famosas elecciones.

Quizá, pensé, haya escondido algún gazapo que, siendo de pocas carnes, se haya escapado á la fina puntería de los diestros cazadores que en EL ALMA DE GARIBAY van dando buena cuenta de las piezas que el famoso *Diario* suelta en el cazadero.

Fuí leyendo, y á medida que avanzaba en la lectura, regocijábame mi espíritu y huía el nublado que envolvía mi pobre corazón. Eran aquellos conceptos alegres notas de una jota vibrante y ardorosa, lanzadas al aire por el satisfecho pulmón del órgano de la botica. Para él todo el mundo es orégano y se ríe á mandíbula batiente de aquellas muecas del destino que á las veces cambian radicalmente los velados horizontes del porvenir.

Aquello era el *trágala progresista* entonado por los bajos del *chiflete*: aquello era el paroxismo, la locura embriagadora del tiempo: aquello era, en fin, la clarividencia de lo futuro.

Ahora os hemos regalado, como de limosna, dos puestos en el Municipio, pero... escuchemos. «En otras elecciones el partido liberal os fia que no lograréis un solo puesto. Quedáis emplazados formalmente.» Bravucón se muestra Marifóns. Casi tengo miedo y voy notando que el cuerpo se me convierte en carne de gallina. Ahí es nada quedar emplazados formalmente y tener por Dios sabe qué tiempo, suspendida sobre nuestra cabeza la amenazadora espada de Damocles. Quedar emplazados formalmente; pero respiremos, no quedamos emplazados como los que mandaron despeñar á los hermanos Carvajal ante el tribunal de Dios; á lo sumo quedamos emplazados ante el tribunal de la opinión, que es un tribunal barato y compasivo, ó bien ante el tribunal de Camo y cortesanos, actuando de denunciador y fiscal el *chifletero*, que es un tribunal arlequinesco. Respiremos.

Lo que sí queremos decir al órgano de los posibilistas es que todos los juegos tienen sus quiebras y más que ninguno el juego de adivino y de profeta. No sabemos si están muy lejos ó muy cerca las futuras elecciones municipales; quizá bajará mucha agua por el Flumen, antes que las veamos; quizá sean los conservadores los encargados de verificarlas, y quizá el muy digno Gobernador de la provincia de Huesca que ahora rige sus destinos y á quien tantas veces ha dado *El Diario* el *canuto* de la licencia absoluta, las presencie: no queremos ser como este *parlan-chin*, agoreros ni adivinos; pero sea de ello lo que fuere, como no hay plazo que no se cumpla, día llegará en que nos encontraremos de nuevo en el campo de la lucha electoral y para entonces recogemos el guante que tan imprudentemente se nos arroja.

Si somos vencidos poco perderá nuestra dignidad y nuestro crédito en la jornada. Nada hemos prometido y nada aventuraremos; pero si la fortuna nos mira sonriente y sacamos siquiera sea un solo concejal, ¿qué diremos de la dignidad, del crédito y de las profecías del *Diario*? ¿qué diremos de sus bravuconadas y matonismos? Entonces ¿quién reirá?

Así como ciertas auroras boreales, en tiempos de Martos y Rivero, fueron señales claras y evidentes de que debía presentar la dimisión de su cargo cierto famosísimo gobernador, así también algunas bandas edilesas podrían ser la señal de poner candado á ciertas lenguas y de que se rompieran algunas plumas y de que cayera, rodando por los suelos, la majestática estatua del ídolo que hoy recibe el incienso de la adulación, sentada sobre inestable y movedizo pedestal.

CALIMACO

CONTRADICCIONES

Si en Huesca tuviéramos *El Fusil* madrileño, creo que al ver la pertinacia de los católicos en sostener *El Diario*, su director el *Melones* hubiera puesto un decreto en estos ó parecidos términos:

Yo, el *Melones*, auditor del supremo tribunal del Sentido Común, director de *El Fusil* y sus cartuchos, etc., etc.

Ordeno y mando: que todo el que favorezca de algún modo *El Diario de Huesca* sea azotado, emplumado y paseado en burro.

Dado en mi Redacción, etc.

Pero en defecto del periódico fusilero, ahí está EL ALMA DE GARIBAY, que encarándose con los suscriptores y compradores del *Diario*, les decía:

—No compréis *El Diario de Huesca*, barredlo de vuestras casas, haced con él, cuando caiga en vuestras manos, lo que hacían en tiempos del gran Rey Católico con los herejes pertinaces, ó limpiad con él las sartenes.

—Pues no, señor: ni dejamos la suscripción de *El Diario*, ni lo barremos, ni gastamos con él tan malas bromas como antiguamente hacían con los herejes, ni los empleamos para limpiar las sartenes. ¿Por qué no hemos de leer *El Diario*? Al pelo nos va con él. Sabrán ustedes, señores garibayescos, que *El Diario*, al fin, es un periódico de amplia información, y por consiguiente para ilustrarnos, lo único.

—Pues no hay ilustración que valga, ni amplia ni estrecha información. Romped con *El Diario*, de otro modo favoreceréis á la mala prensa.

Si fuera verdad que, *mal de muchos, consuelo de todos*, nosotros pronto nos consolaríamos de la conducta torcida de estos buenos oscenses; porque no sólo aquí, sino también en toda tierra de garbanzos sucede lo mismo. En Huesca, en Zaragoza, en Madrid y en toda la nación hay indudablemente católicos favorecedores de la prensa insana. Dígalo el *Heraldo de Madrid*, que casualmente cae en mis manos; mientras en una plana se presenta á un Prelado de la Iglesia española como causante de grave daño á la Religión (estos anticlericales se consumen de amor á la Iglesia), porque trabaja activamente en pro de la buena prensa, no á renglón seguido, pero sí en la plana siguiente, encuentro ¡horror! tres esquelas mortuorias, que hacen con las palabras del *Diario* trustero el mismo consorcio que Dios y el diablo.

Tal vez esto sea moneda corriente, tal vez sea fuera de lo ordinario, pero es una solemne tontería y una grandísima contradicción eso de sentir en católico y dar fuerzas al mismo tiempo á estos tiranuelos que, por los síntomas que se notan, pueden ver el culto como el diablo al agua bendita.

¿Y por qué favorecerán los católicos á la mala prensa? ¿Será por indiferencia? Dícese, y con razón, que la indiferencia es de lo peor que puede haber en los mortales, y tanto es así que hace, en esta materia, de unos hombres de buen fondo y de inmejorables sentimientos, una gran plaga, que sustenta, da vida y vigor á la no menos grande calamidad de periódicos trusteros y no trusteros, liberales y libertarios, grandes y pequeños órganos de la opinión (!).

Mas estos católicos ya se pudieran dar con un canto en el pecho si les dejásemos pasar plaza de indiferentes; se inclinan á lo malo con preferencia. ¡Quién sabe! Quizás al ver el periódico católico puro hacen un mohín de disgusto ..

Mejor pudiéramos explicarnos la conducta de esos otros que se han habituado á la exclusiva lectura de periódicos de la mala prensa. Hácese notar ordinariamente que para juzgar rectamente de una cuestión cualquiera es preciso oír el *cuerno* y la *corneta*. Si es así, no me extraña su proceder.

Sólo oyen el *cuerno*.

¡Y aun éste mal sonante!

Basta ya. Esto no es predicar en desierto. Pero es predicar á sordos, y á sordos de mal género, de esos que no quieren oír, y ya sabemos que no hay peor sordo que el que se tapa los oídos.

Allá ellos. Pero bueno sería que nos convenciésemos una vez de nuestros deberes; no la indiferencia, sino la guerra es necesaria contra esa prensa corruptora. Si no lo hacemos así, los católicos somos unos inocentes. O unos tontos de capirote. O algo peor.

Por eso mismo no debieran cooperar á la publicación de tales papeluchos. ¿Y no tendrán después de todo, estos anticlericales motivos para reírse de tanta candidez, de tanta *primada*? ¡Estos sí que son *primos*, *Diario de Huesca*! ¡Más auténticos que los de marras! PEQUEÑECES.

MEMORACIONES

En verdad, que no me explico yo tan fácilmente esas relaciones íntimas de ordenados *in sacris* con el cacique; ¿si será que sienten próximo el *dies iræ* para él, y habiendo sido un hombre tan funesto, lo quieren ahora convertir á Dios y que se arrepienta de sus maldades?

Si esa es la intención... me parece que todo trabajo es inútil; no tiene aún *vuestro amo* muchas ganas de penitencia; ¿Verdad que no? Dígalo también su *Diario*, cada día más impío.

No es, pues, esa la madre del cordero, y mucha más *miga* encuentro yo en esa intimidación de ordenados con el cacique.

Por casualidad me dí de manos á boca, no hace mucho tiempo, con un compañero, que cursó conmigo los primeros años la carrera eclesiástica; es hoy acérrimo defensor del cacique y sus ideas, al punto de aprobar cuanto *El Diario* despotrica contra el clericalismo y las autoridades eclesiásticas; él mismo, me consta, que *ha untado* alguna vez en esa labor insana de criticarlas.

Amigo mío, le dije, no puedo yo pensar como tú, no me tendrías por verdadero católico, sumiso á la Iglesia y sus pastores...

—Y el amigo en cuestión, sin dejarme continuar:

—Oye, fulano, me replica; ¿crees que así como así puedo yo prescindir de *pensar como pienso* y hacer lo que hago? Tengo que hacerlo por gratitud; nos ves, hombre, que á ÉL (muy marcado) le debo *la judía*? ¡Aaah! acabáramos, ya veo la razón.

Señores aludidos: ¿son ustedes también, como mi amigo, acérrimos *hafidistas*, porque *al sultán* le deben *la judía*? O es que la esperan aun mayor de él, pongo por ejemplo, una canongía, etcétera, etc.?

En tal caso, no tengo inconveniente en remitir á usted al tratado de *doña Simona*, para que lo repasen y vean si *tuta conscientio* podrían admitir el turrón... á mí me parece que no, sino era dejando todos los escrúpulos de conciencia detrás de la puerta... por más que esa *doña Simona* es tan vieja y tan rancia (de los tiempos de Simón Mago), que muchos ni se la miran siquiera, y hasta dicen que estorba ya en el Moral; con lo cual nada tendría de extraño, que ustedes dejaran también esos escrúpulos arrinconados y andando el tiempo, etc...

No obstante, y por si acaso, voy á darles á ustedes un consejo; y es que no fien mucho en las promesas de su *amo*, porque su poder no es ya como antes, y tal vez, á no tardar, le veamos todos derrumbarse, como la estatua de Nabucodonosor...
YOULIOS.

A DON GASPAB

SIMPÁTICO Y BENÉVOLO SEÑOR:

Mire usted, que si bien en la sesión extraordinaria del Ayuntamiento celebrada por el 20 de Mayo último no hubo otros cadáveres de cuerpo presente, ni ocultos, que aquéllos de que debió hacerse cargo *Corrusco* para darles *sepultura administrativa* por lo del *voto* de censura y por lo gastado en un viaje de Municipales á la Corte, (cuya explicación ya estaba descontado que no llegaría) ni la sesión fué tan tragicómica y ridícula cual nos la contó mentirosamente *El Diario* de su amo y amigo, ó si no lo fué, se la quitó mucho *hierro y metralla artificial*, sin duda por *mieditis* al señor Lacierva, ya que en la certificación oficial del acta, rectifica usted al susodicho *papel*; con todo, y en atención á que se metieron en mies ajena, (buena se la guardaron *sus amigos* á su vuelta de Niza) y fué osadía pueril y caciquera el acuerdo de suplicar del excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo una explicación,

ó aclaración, nada menos de la circular dirigida á sus diocesanos en cumplimiento de un deber apostólico con motivo de las últimas elecciones municipales á fin de que desvaneciera sospechas que cree usted gratuitamente que hayan dado origen á «suspicias y equívocos», y decuyo acuerdo, que será su eterno tormento, fué usted, con grandes sudores ¿no es verdad? su ejecutor; y no constándole á EL ALMA el resultado de su equívoca y difícil gestión, ni de ella ha dado tampoco cuenta á sus lectores el consabido *papel*, ¿es qué ha sufrido usted algún monumental descalabró? Espera de su caballerosidad, y además por tener derecho á ello como vecina y habitante en esta ciudad, que se dignará enterarme de la correcta y atenta respuesta que habrá recibido usted del reverendísimo Prelado á la comunicación del acuerdo del Ayuntamiento que, me aseguran y de público se dice, valió á usted y á los compañeros de mayoría de orden superior ministerial, un morrocotudo «apercibimiento» por conducto del dignísimo é inteligentísimo señor Gobernador por intrusarse en funciones ajenas y haberse ocupado de política y no de administración en la sesión que tanto *tilin* le ha hecho y todavía le ha de hacer.

Para salir de esta perplejidad en que me encuentro, repito, que espero de su fina atención y exquisita benevolencia, me pondrá en autos á fin de que teniendo á la vista la correcta y razonada contestación que obra en su poder, veamos, todos; cuán infundadas eran las «suspicias y equívocos» á que se prestó, según usted, (véase el acta) la circular del Prelado.

Siempre devoto de vuestra merced para iluminar los puntos oscuros.

EL ALMA DE GARIBAY.

En el despacho de nuestro Director

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

—¡Ca... nastos! «El Duende» por aquí?

—Sí, señor; el mismo que viste y calza.

—¡Hombre! digo, fantasma, le esperaba á usted.

—¿A mí? Usted dirá.

—Porque estoy intrigado con ciertos rumores que corren...

—No hablemos más; veo que tiene mi Director el olfato muy parecido al de su «Duende». Supongo que se referirá usted al desafío...

Efectivamente; á eso pretendía referirme y por eso anhelaba su visita, pues suponía con algún fundamento que usted, á quien nada se escapa de cuanto acontece en esta pequeña ciudad, habría olido con su nariz de sabueso algo y aun algo de lo que pretende ocultarse para que no nos desedifiquen ciertos actos punibles de suyo.

—Pues lo que yo he podido averiguar es que se trata de dos amigos..., hasta cierto punto, que rivalizan en varias cosas... y que se hacen sombra mutuamente. Si usted no me entiende, habrá de decirle que ejercen la misma profesión y nadie ignora que nuestro mayor enemigo es el de nuestro oficio. Con estos antecedentes y otros, de los que ya estará sabedor, referentes á cierto juicio, que no es el final, le supongo á usted ya al cabo de la calle.

—Yo, sí; pero ¿y nuestros lectores?

—Pues... que averigüen; preguntando se va á Roma.